

de *Marinero en tierra*. Harto conocidos los entusiasmos, dimes y diretes del homenaje a Góngora, fecha de nacimiento, juran, de la generación gloriosa del 27.

Finales del cine mudo, irrupción —nada fantasmal—, del sonoro y hablado, intemperancias vanguardistas: pertenecen a un ayer albertiano, ya que emprende su poesía comprometida, «subversiva, de conmoción (reparemos en la palabra) individual». Lo que ocurre, explicable coincidencia, con el amanecer de la Segunda República —sangre vertida de dos héroes, congregadas ilusiones—, y el elegíaco descubrimiento de María Teresa León, con la que empezó «una nueva vida, libre de prejuicios, sin importarnos el qué dirán, aquel temido qué dirán de la España gazmoña que odiábamos».

... El incesante laborar y actuar de Rafael Alberti en su circunstancia española de este complejo presente, ¿le permitirá proseguir y concluir una *Memoria* que consideramos indispensable, que nos facultará para adentrarnos en los otros senderos de *La arboleda perdida*? No he de ocultar mis fundados temores.

Aire y donaire y discreción malagueños

Ceñido a un orden de veteranías andaluzas:

No fue —ni es, por tanto, en sus letras redivivo—, José Moreno Villa escritor de gesticulación, propenso a las exaltaciones. Menos aún al aplomo doctoral. «Caso psicológico y literario que atenta mirada exige. Además, ¡tan distinto a los atributos y gravámenes del andalucismo matriculado!

Sin embargo, Moreno Villa representa, en el sur, un modelo espiritual de naturalísima elegancia, forjado —se hallare en Madrid, Alemania o México—, por esa impronta marinera y mediterránea concertada que difiere, radicalmente, del brioso y saleroso lirismo, a las puertas del Atlántico, de Rafael Alberti.

De ahí que la casa-hogar —el suave oleaje y la palpitación del aire y donaire malagueños en torno—, que nunca suspendiera su balanceo acunador, sea la matriz de su carácter, de una subyacente cosmovisión, de aquella su manera, «desde un huerto», de sentirse invitado a imaginativos y reflexivos viajes, a su estilo comunicativo de meditar y contemplar, lo que se traduce, también, en su práctica de la poesía y de la prosa, en su valoración creadora e histórico-crítica del arte, en la propia tarea pictórica, a lo largo de toda su vida (en Alberti sería sólo un camino para discernir su predominante capacidad de expresión), y que resalta, en línea y colorido, en la moderación y galanura —benevolencia y casi velada melancolía—, de los retratos que transparentan la enjutez física de José Moreno Villa. El lienzo —dramático estatismo—, en que se reprodujo —1938— a García Lorca; su atenuada perfilación, como embargado por la frase inicial de un salmo, de León Felipe (en 1940, consumada la derrota republicana, exilio y transtierro ya). Pero cuando llega la ocasión y se plantea el reto, Moreno Villa plasma visionariamente, sin atildamiento de ninguna especie, la cabeza de don Quijote, su calenturienta cavidad. Y sabe ponderar, al óleo, la valía y recatado sentir de don Enrique Díez-Canedo.

(La óptica de Moreno Villa, tan emparentada con su morfología, se atestigua en

sus representaciones de Margarita Urueta de Villaseñor y de Carolina Amor de Fournier, que se asocian a mí con los ovalados rostros que solía animizar mi desdichado amigo, también malagueño, José Enrique Rebolledo, en su evolución del ensayo a la plástica.)

El mismo Moreno Villa, al inquirir su poética, adelanta los principios de la antes mencionada cosmovisión, el biológico entronque de lo culto y popular, genuinos:

«Yo no aprendí jamás retórica para escribir versos, como tampoco aprendí gramática para hablar o escribir con propiedad. El sentido del idioma está immaculado en el campesino, en el pueblo, y le entra a uno desde niño con la niñería, el ama y el jardinero, como con los padres más o menos cultos. Lo que la gramática o la retórica hacen es enseñarnos ya clasificadas las formas que ha ido dando el pueblo o el estudioso a sus pensamientos y sentimientos. Son cuadros de nuestras conquistas y, por tanto, historia, pasado. Cada poeta, además, trae su tono, su voz, su calidad y, si se quiere, su mensaje, palabreja muy en boga hoy. Yo creo que no hay mejor mensaje que un tono legítimo, auténtico, porque entonces es cuando habla lo más profundo del hombre, lo más humano. También este vocablo se dice hoy con un tono petulante, como queriendo indicar que en las épocas anteriores todo era inhumano. Majadería como pocas.»

Y encarece, acerca de su conocida y preciada vinculación con la ya legendaria Residencia de Estudiantes:

«Creo que los años del 20 al 27 fueron los más interesantes en la Residencia. Fueron los años en que coincidieron allí García Lorca, Salvador Dalí, Emilio Prados, Luis Buñuel, Pepín Bello y otros espíritus juveniles llenos de ocurrencias. Federico había estado antes, acaso en 1917. El venía por temporadas, de un modo irregular. A veces se quedaba un año entero. No todos los estudiantes le querían. Algunos olfateaban su defecto y se alejaban de él. No obstante, cuando abría el piano y se ponía a cantar, todos perdían su fortaleza». Lo que amplía en la página 110, tan laudatoria.

Parejamente a José Ortega y Gasset y a Rafael Alberti, entre numerosos talentos inclinados al libre pensar y a emancipadoras reacciones, ya en su juventud Moreno Villa estudió con los jesuitas y, reintegrado a sí mismo, tras la experiencia germánica, se convierte —expuesto queda—, en uno de los ejes de la pluricitada Residencia, al grado de que allí, conviviendo, trabajó «hasta el último momento, mientras encima de mi cuarto luchaban los aviones defensores de Madrid contra los alemanes e italianos. Algunos de estos combates se dieron a pleno sol y las máquinas relucían, destelleaban en el cielo azul, como joyas».

Y de su accidentado, y a la postre, roto matrimonio —cambiemos de hoja—, el ex bibliotecario de Gijón y del Palacio Real, cuenta lo sustantivo y no las menudencias de aquellas frustradas relaciones. Y acierta a resumirla de manera que manifiesta lo que, para mí, es norte de su quehacer:

«Yo soy disciplinado y buen administrador de mi tiempo. Llevo una vida rutinaria, pero siempre en tensión, aplicado a lo que tengo por delante. Necesito muchas horas para lo mío, sin descanso ni distracción arbitraria o a merced de alguien. Ella fue un remolino en mi vida. La inundó de alegría y de ilusión, pero la deshizo. Desde que la traté, se acabó mi trabajo. Yo pensaba que aquello era lógico, que era el arrebató

de los primeros y sabrosos tiempos, pero que luego vendría el nuevo ajuste. ¿Qué pensarán ahora mis amigos íntimos (colofón revelador...), al verme llegar con mis dos maletines a la Residencia?»

«Vida en claro», la autobiografía de José Moreno Villa, abunda en instructivas captaciones de los escritores de su época, al suministrar, como pareceres, determinados giros «ramonianos» y dúos a simple vista chocantes. De tal suerte el que se le antoja —esas cosas suceden—, con José Bergamín y Giménez Caballero en aquél entonces. Dado que todavía puede resultar polémico, le cedo la palabra:

«Nada le gustará a José Bergamín que le haya emparejado con un personaje como Giménez Caballero. Demasiado sé que no pueden reunirse sino por ese nexo del malabarismo lingüístico, juego peligroso porque acaba afectando a lo fundamental, las ideas. El hecho de querer fundir en sí mismo cristianismo y comunismo, Unamuno y Cocteau, Gracián y Gómez de la Serna es ya bastante complicado. Pues añádase a esto todavía el espíritu de chufla que de Málaga, su cuna —el autor y quizá inventor de la “España peregrina” nació en Madrid—, le viene, y ayúdenme a conciliarlo todo.»

Pero de sus opiniones acerca de sonados personajes (generación del 27 a través), lo que más me conduce es su conclusión desolada:

«Parecerá raro que hable de la gente como si toda hubiera fenecido, viviendo algunos de ellos aquí en México y viéndolos de cuando en cuando. Y es que lo fenecido es el tiempo aquel que ahora evoco. Todo es forzosamente pasado, caído en un abismo además, en el derrumbe histórico de España y acaso de la civilización europea.»

Sospecho que su desencanto parte del cacareado homenaje a Góngora, porque veía, sin ápice de barroquismo, tónica limpia, requilorios, a la que siempre se atuvo, por consustancial, que la razón de los viejos y de los jóvenes eran, a su parecer, «sinrazones».

El capítulo XIV del libro *Los continuadores de Apeles y de Riparographos*, y en el que juzga a los pintores españoles tratados o estudiados y los propósitos y deseable consecución de sus obras, a pesar de su concisión (subyacen las escrupulosas observaciones previas), constituye un rosario de elementos vivos —del hoy semejan—, dentro de una panorámica del arte occidental en nuestro siglo.

... Pero la vida de José Moreno Villa, normalmente creadora, equilibradamente sociable, se desquicia «en la hora de la catástrofe», que él había presentido a mediados de 1935, en un artículo que tituló «Yo los mataba a todos». Escribía la frase terrible y bárbara, en la medida visceral que la hacía flotar en el ambiente y regir las conversaciones, lo que, destacaba, «es siempre aviso del tiempo y del alma del tiempo». Los avatares y trastornos de la guerra en Madrid, padecidos por Moreno Villa, tan contrapuestos al remanso insular de la Residencia y a los estallidos y pálpitos de la encarnizada lucha, los vierte en litografías a colores y en poesías descriptivas, con sus pizcas sentenciosas. Una de ellas contiene la semilla de la añoranza, que en el transtierro de México habría de fructificar:

*«Supiste, entonces, lo que nunca
hubieras visto ni soñado:
que si la guerra todo lo trunca,
nos revela el solar amado.»*

De su existir provisional en Valencia —aminorados allí los fragores de las batallas—, a sus cincuenta años, traslada José Moreno Villa las notas de una participación activa y responsable, pero íntimamente desasida. «Me encontraba desajustado y que para conservar el equilibrio que aparentaba gasté mucha fuerza nerviosa. Este gasto, imperceptible entonces, me fue apareciendo años después.» Lo que no le impedía acopiar significativas acotaciones sobre los cambios de ánimo y comportamiento en su derredor. Y cuando se desplaza para un curso de conferencias que las autoridades fijaron, a Estados Unidos —febrero de 1937—, confiesa: «Comprendí que estábamos casi perdidos, pero tuve entereza todavía para no dejar ver mi abatimiento. Me ayudó a mostrar fe en la victoria la ilusión o profundo deseo de que las cosas salgan como uno quiere, el esperar de no se sabe dónde el golpe de suerte.» Se recibe la impresión de que el afincamiento en México, todavía la República en armas, gracias a la personal simpatía y gentil españolismo de don Genaro Estrada, no fue algo fortuito, sino afortunada y creadora predestinación, verificada en matrimonio, descendencia unigénita y una pluriforme labor literaria y artística en que «el empeño mayor es que la obra no acuse la fatiga pasada al hacerlo».

Y la ternura, de maduro padre malagueño nacido, fruto de madre mexicana, criado en la Nueva España, inspira a Moreno Villa una escritura encantada. Desde la perspectiva espacial, psicológicamente geográfica, a la que no puede renunciar en su «fuero interno»:

«Entre Málaga y México, tengo a Madrid, que como Madrigal fue sitio de madrigueras. Y de estos concluyo que Madrid era para enquistarse y Málaga y México para fugarse. ¿Por qué? Porque Málaga, a la orilla del mar, es como rampa que invita al deslizamiento; y México, ubicado entre altos volcanes, es como remate de columna de donde arranca el arco del cielo.»

En suma, y descartando lo privado, él coincide —reitero— con Francisco Ayala en que «las mejores biografías de los artistas son sus obras». En ellas cifran sus vidas, sin apostillas ni erratas.

¿Hacia qué puntos cardinales tienden o se inclinarán estas obras, que otras, complementarias, entrañarían, acosados sus autores por el tiempo inexorable o que no fueron o serán escritas, si conjeturamos? (Ortega y Gasset nos privó de las suyas, en un género que podía haber enriquecido, incomparablemente). ¿Pertencen a las *Memorias*, en puridad canónica o el tornasol de retrospectiva y perspectiva, son sólo de índole autobiográfica, expresa o subrepticamente? ¿Los colores, tonos, descripciones, diálogos, semblanzas —el creador se revela por un mirar retenido en forma—, representarían, a la postre, personal reflejo, huidizo, en las olas encalmadas o bravías, pretéritamente agudo?

¿No implicará exasperada enajenación humana y artística este florecimiento hispánico de las *Memorias* literarias, de sus cantos y seducciones cuando nos oprime

y deprime la amenaza obsesionante de la enloquecida carrera armamentista, de una catástrofe nuclear que al destruir vidas y haciendas, Naturaleza y Ser, invalidaría cualquier escrito, ya sin destinatarios? ¿No significará —mayor mi culpa—, este limitado y comprimido panorama actual, sobre la base de los libros escogidos, un alucinado seguimiento? ¿A qué vanos esfuerzos nos plegamos todos?

Con embargo, mientras... *

MANUEL ANDUJAR

Juan de Leyva, 12, 1.º B

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

(Madrid)

* Escrito el presente trabajo, han aparecido otras memorias de artistas y literatos contemporáneos de hispánica vena (entre ellas, las obras de Antonio Tapies y Francisco Umbral, con previsible etcétera) que requerirán particular y complementario estudio en una de las próximas entregas de «Cuadernos Hispanoamericanos».